

## FINALISTA ESTATAL



### **EL MISTERIO DE LA TUMBA**

**Claudia Elena Menéndez (Asturias)**

En aquel momento, yo, la detective Claudia Menéndez, me hallaba frente al televisor, ojeando al mismo tiempo el periódico del martes pasado. Mi vida era igual que el curso de un río; de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa; ésta era un pequeño y humilde piso de los barrios conflictivos de Gijón, pues mi situación económica no me permitía aspirar a más. Siempre había querido ser detective, pues lo llevaba en la sangre, pero nunca había tenido una oportunidad para dar a conocer mi figura como profesional, sabía que si la suerte no me sonreía un poco, mi carrera como detective se desvanecería.

Pero he aquí que mi vida daría un giro de ciento ochenta grados, a partir de hoy, 7 de septiembre de 2007. Estaba ojeando el periódico, concretamente la sección de "sucesos", cuando una noticia llamó mi atención; se había producido un robo en una de las tumbas egipcias más importantes del mundo. Abrí los ojos de par en par, la cara se me iluminó, y mi imaginación ya había echado a volar; ése era el golpe de suerte que yo necesitaba.

Organicé los preparativos y todo lo necesario. El 13 de septiembre ya había aterrizado en el aeropuerto de El Cairo; llegué al corazón de la ciudad en autobús y me alojé en un hotel. No era muy acogedor, pero eso no importaba, me encontraba en una ciudad maravillosa, que me envolvía y me transportaba a la época del Antiguo Egipto.

Para trasladarme a la pirámide de Keops (lugar del hecho), necesitaba alquilar un coche, así que me fui a alquilarlo a una tienda. El hombre que

allí se encontraba no me causó muy buena impresión, llevaba puestas las típicas vestimentas egipcias, estaba muy moreno, tenía las facciones muy marcadas, bigote y unas gafas de media luna, pero, sobre todo, una mirada fría y penetrante. Olvidé este pequeño incidente y me dirigí a la pirámide. Tenía ante mi una de las maravillas más importantes del mundo, cuando el sol se ponía detrás de la pirámide se podía apreciar, justo encima de la cúspide, el planeta Venus. Entré en la pirámide, a la sala del robo, la tumba se encontraba abierta, habían robado gran parte del ajuar funerario del faraón; aunque su cuerpo no yacía ahí, sentía ciertos escalofríos. Eché un vistazo a mí alrededor. Esta fechoría había causado tal revuelo, que todo estaba lleno de policías y medios de comunicación. Nada se salía de lo común, nada excepto... alrededor de la tumba había huellas, las fotografié y las borré.

Con mucha discreción regresé al hotel y analicé las huellas, llevaban impresas una palabra italiana. Al día siguiente contraté un guía que me mostrara toda la pirámide, las reliquias que allí se encontraban eran de un valor incalculable, el oro relucía a la luz del candelabro que sostenía el guía. Me dirigí a él para preguntarle una cosa cuando... un momento, la cara del guía me era conocida, facciones marcadas, bigote, gafas de media luna, pero, sobre todo, aquella mirada fría que denotaba astucia, me recordaron a iel hombre de la tienda de coches! No me parecía casualidad que él se encontrara aquí, algo extraño sucedía con ese hombre, ¿me estaría tendiendo una trampa? Bajé la mirada para que no notara mi miedo, pero lo que vi lo culminó. ¡Las huellas que él iba dejando eran las que yo había fotografiado! ¡Él era el ladrón!

Lo que sucedió a continuación fue inexplicable, él, poseído por un repentino miedo, cogió el candelabro y echó a correr, dándome esquinazo, dejándome allí, sola y a oscuras. Por primera vez en mucho tiempo, sentí cómo el pánico se cernía sobre mí, nublando mis pensamientos, con la desesperación de no saber cómo salir de allí. Pero yo no me rendía ante las dificultades, saqué una cerilla del bolso y la encendí, la llama estaba inclinada hacia la derecha, eso quería decir que el aire provenía de la

izquierda, así que eché a andar en esa dirección. Mi corazón latía con fuerza, mi respiración era entrecortada, a cada paso que daba mi miedo iba en aumento.

Al cabo de un rato encontré una habitación que antes había pasado por alto, entré en ella, y lo que vi me desconcertó, todo estaba lleno de desperdicios y de basura, ¿por qué entré tanto oro, había una habitación con basura? Mi instinto me decía que allí había algo, algo como... ¿una nota? Allí en la esquina había una nota, la leí: "Puerto de Port Said. 10 h. 16 Sept". ¡Los ladrones tenían pensado huir esta noche! Me desplomé contra la pared, pues sabía que era imposible que los capturara... entonces se oyó un enorme estruendo, y la pared contra la que yo estaba apoyada se giró, como movida por un resorte, llevándome hasta otra sala, que resultó ser... ¡en la que se había producido el otro robo! Los policías que allí se encontraban se miraron, perplejos, buscando una explicación. Yo les conté parte de mi historia, y ellos me guiaron hasta la salida. El sol iluminó mi cara, ¡qué reconfortante era aquella sensación!

Regresé al hotel, y en una hora ya estaba de camino al puerto, tenía un plan trazado. Una vez allí, me informé de qué barcos salían a las 10 horas y, para mi sorpresa, sólo eran dos, uno hacia Turquía y otro hacia Italia, imaginé en cuál iban los malhechores, pues aquellas huellas los habían delatado, así que compré un billete para el barco con destino a Italia. Antes de embarcarme le compré a un comerciante un cargamento de piedras y otros objetos. A las 10 horas, el barco zarpó.

Sabía y era consciente de lo peligroso que resultaría llevar a cabo mi plan. Comencé por buscar al hombre de la tienda de coches, iba acompañado de otros hombres que debían ser partícipes de aquella fechoría. El hombre me miró y echó a andar hacia mí; yo, con una prodigiosa voltereta, me escabullí y me escondí en un hueco en el pasillo. Los ladrones se habían dirigido a su camarote, al poco, volvieron a salir. Por fortuna, la puerta no se había cerrado del todo. Entré en el camarote y comencé a buscar el tesoro, las manos me temblaban y un sudor frío recorría mi cara. ¡Al fin lo encontré! Estaba escondido en un armario de doble fondo. Saqué todas las

joyas y las guardé en mi bolso, dejando en aquel lugar las piedras de aquel comerciante, por si notaban la ausencia de las joyas antes de llegar a Italia. Con mucha precaución regresé a mi camarote y desde allí llamé a la policía italiana. Cuando llegamos al puerto, un séquito de policías estaba esperando la llegada del barco. Capturaron a los malhechores que maldecían y se lamentaban. Entregué a la policía el verdadero tesoro y les informé de mi trepidante historia.

Me encontraba sentada junto a la ventana de mi nueva casa, contemplando el brillo del mar. Me invadían una felicidad plena. El revuelo provocado por este caso había sido tal, que había protagonizado las primeras páginas de los periódicos. Ya había pasado un mes, y mi vida había dado un vuelco, como yo deseaba. Pero la fama no me iba a cambiar, estaba muy orgullosa de mí misma.